

**No se puede andar  
con monos  
y otros cuentos peligrosos**

Magdalena Helguera

loqueleg



## No se puede andar con monos



Mamá le dio un beso y le zampó aquello en las manos. “Begonia”, decía la etiqueta, pero lo mismo podría haber dicho eucalipto, ombú o baobab, porque ir por la calle cargando semejante pedazo de naturaleza era más de lo que Marti podía soportar.

¿Por qué a mí?, seguía preguntándose una cuadra más tarde. ¿Por qué, por qué a mí, por qué no a otro?

—Porque yo hoy tengo guardia y no puedo ir, tu padre llega a las once y Flavia tiene que estudiar —había dicho mamá—. Y además, la tía Julia es tu madrina. Así que andá, cambiate esa camiseta que está toda manchada, lavate la cara y peinate un poco que ya van a ser las cinco y se te hace tarde.

Siempre lo mismo. Siempre a ella. Justo este año que nadie en casa podía ir, la tía tenía que cumplir esa edad tan “especial” que requería visita y regalo y seguramente también consuelo en lugar de una

simple llamada por teléfono. Y justo para eso mamá tenía que considerar que ella, Marti, ya estaba grande y podía ir sola, porque bien que a los cumpleaños de sus amigos la seguían llevando y esperando que tocara el timbre y entrara. Y justo hoy a su hermana, que no había mirado un libro en todo el año, se le tenía que ocurrir ponerse a estudiar.

8 Para peor, el envoltorio plateado que forraba la maceta, con sus cuatro puntas apuntando al cielo como una nave en bajada, debía ser visible desde cualquier punto de la galaxia. Especialmente desde la ventana de Fede, un punto de la galaxia cada vez más cercano por el que no tenía más remedio que pasar. Iba a pasar por allí con el fruncido plateado brillando al sol primaveral, la tremenda moña lila llena de rulos y tiras largas que ondulaban como víboras y la cargosa tarjeta musical que cuando un golpe de viento la abría se ponía a chillar para que todo el mundo se diera vuelta a mirarla.

Cuando se paró frente al semáforo, a Marti le pareció que la begonia había crecido un poco. La luz roja apenas se veía triangular entre las hojas, y cuando pasó a verde quedó tan camuflada entre el follaje que Marti tuvo que fijarse si la gente cruzaba para asegurarse de que ya podía. La casa de Fede estaba allí, en aquella cuadra. Marti escondió la cara entre las anchas hojas verdirrojas —por suerte su mamá no había comprado una

palmera— esperando que Fede no la reconociera por el bordado del vaquero, ese que disimulaba el recuerdo de aquella caída en su bici.

De pronto, sobre una hoja, la presencia de la bestia la sobresaltó y le hizo tambalear la maceta en las manos. Suerte que no la vio en la mitad de la calle. Era un gusano, sí, un gusano no muy grande pero que tenía aspecto de estar creciendo segundo a segundo, igual que la planta. Un instante antes no estaba, y ahora sí. ¿Es que aquel vegetal, separado cruelmente del mundo al que pertenecía para alegrar el medio siglo de su tía tendría la capacidad de reproducir su universo perdido? Primero un gusano, después... ¿qué vendría? Marti recordó las clases de Ciencias y las películas sobre la evolución de las especies. Un gusano, inocente como aquel, seguramente podría evolucionar hacia alguna otra cosa. Era difícil recordar cómo era el asunto. Si seguía creciendo y le brotaban patas, se transformaría en lagartija... ¿O sería en ratón? No, el ratón y todos los mamíferos provenían de algún otro antepasado. Aunque mirándolo bien el gusano aquel tal vez no fuera gusano. Hasta un poquito de pelo parecía que tenía, como las hojas de la begonia. Podría ser perfectamente antepasado de mamífero, ¿por qué no? Y allí estaba, brotando de la nada, quizá dispuesto a crecer y a transformarse en ratón y en ardilla o gato o vaca o elefante... Bueno,

en elefante o en vaca seguro que no. A ninguno de ellos les gusta la vida arbórea. Seguramente, de evolucionar, llegaría a mono, nomás, que a ellos sí les encantan las ramas de los árboles, y seguramente también de las begonias gigantes. Aquella ya se estaba poniendo grande como un árbol, cada vez le pesaba más y ya no sabía si podría llegar con ella hasta la casa de la tía. Tal vez lo mejor sería dejarla ahí nomás, en la vereda, para que echara raíces y fuera feliz. Claro que no iba a ser tan feliz como en la selva o en el bosque, pero algo es algo, ¿no? Podría decirle a mamá que se la habían robado. O que casi la pisa un taxi y del susto se le cayó y se rompió la maceta. Es feo mentir, ya se sabe, pero es por una buena causa, como dice papá, porque seguro que es una buena causa hacer feliz a un ser vivo de la naturaleza aunque solo sea una begonia en maceta comprada en el supermercado.

Allí, en aquella hoja de atrás, parece que hay otro bichito. No se ve bien, pero parece, ahí, debajo de la hoja con la punta quebrada. Y hasta más peludo que el otro, parece. ¿Será? ¿Será otro antepasado de mamífero? ¿Se irá a transformar también en ratón y ardilla y después en mono? La begonia crece demasiado rápido, y si la begonia no obedece las leyes de la naturaleza que manda crecer despacio de pronto los bichos esos tampoco, y en vez de tardar millones de milenios les da por

evolucionar en cinco o diez minutos y enmonecerse antes de que ella tenga tiempo de llegar a lo de la tía. Tiene que apurarse, la cosa es llegar y dejar la begonia y después que la tía se arregle con los monos. ¿Y si encima los dos bichos evolucionan juntos y resultan macho y hembra y se ponen a tener monitos en la begonia? Marti no cree que esté permitido andar con tantos monos por la ciudad, aunque estén trepados en una begonia gigante y no enjaulados ni maltratados después de haber sido cruelmente privados de su libertad en su selva natal, como decía aquel libro.

11

Seguro que los monos no están permitidos, sea como sea. Ni muchos ni pocos. En cualquier momento puede llegar un policía y llevársela —“acá no se puede andar con monos, jovencita”— con maceta y begonia, gusanos y monos a la comisaría. ¿Y entonces? ¿Quién iría a saludar a la tía Julia? Tendría que pedirle a algún policía amable que la dejara ir a darle un beso, por lo menos, porque no todos los días se cumplen cincuenta años y si la familia no la acompaña, quién lo va a hacer, dijo mamá cuando le zampó la planta en las manos. Pero aunque cincuenta años no se cumplan todos los días, en su casa nadie más podía ir si ella no iba, así que si ella queda presa, ¿quién va a ir a saludar y a consolar a la pobre tía? Seguro que no la dejan quedar con la planta, claro que no. La planta habrá



que guardarla como prueba del delito, y además para tener a los monos tranquilos, que si no quién sabe qué relajo se ponen a hacer por la comisaría. Pero por lo menos la tía podrá ponerse contenta con la intención, y también con la estúpida tarjeta musical, si es que antes Marti no la tira en alguna alcantarilla porque ya la tiene pasada con la musiquita esa que suena sin parar como para que baile una manada entera de monos, los padres, los hijos y los nietos monitos.

13

De pronto, ¿quién sabe?, el policía que le diga “no se puede andar con monos” puede ser un cincuentón soltero o sin compromiso, como dice mamá, y entonces cuando la acompañe a saludar, quién sabe, de pronto la tía queda más contenta que con la begonia, ¿no? O por lo menos igual, porque al fin y al cabo, un policía cincuentón también es un ser vivo de la naturaleza, especialmente si es soltero o sin compromiso, y además, tan amable.